



UNA CORTE  
DE  
HIELO  
Y  
ESTRELLAS

SARAH J. MAAS

CROSS  
BOOKS

Sarah J. Maas

UNA CORTE  
DE HIELO  
Y ESTRELLAS



CROSSBOOKS, 2022  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *A Court of Frost and Starlight*  
© Sarah J. Maas, 2018  
Traducción publicada por acuerdo con Bloomsbury Publishing Inc.  
Adaptación de Gastón Navarro y Mirta Noemí Rosenberg  
© del mapa: Kelly de Groot, 2017  
Diseño de portada: Patti Ratchford  
Ilustración de portada: HAPPYPETS  
Fotografía de la autora: ©Beowulf Sheehan  
© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.  
Publicado bajo el sello Planeta®  
© Editorial Planeta, S. A., 2017, 2022  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: mayo de 2019  
Primera edición en esta presentación: abril de 2022  
ISBN: 978-84-08-25713-4  
Depósito legal: B. 4.6114-2022  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



CAPÍTULO  
1

# Feyre

La primera nieve del invierno había empezado a azotar Velaris una hora antes.

El suelo ya se había helado la semana pasada, y para cuando terminé de devorar mi desayuno de tostadas y beicon y tomado una estimulante taza de té, los pálidos adoquines estaban cubiertos de un polvo fino y blanco.

No tenía idea de dónde estaba Rhys. No estaba en la cama cuando desperté, y su lado del colchón ya estaba frío. No era algo inusual, ya que estos días ambos estábamos ocupados hasta acabar exhaustos.

Sentada ante la larga mesa de madera de cerezo de la casa de la ciudad, fruncí el ceño mirando la nieve que se arremolinaba detrás de los vitrales de las ventanas.

Tiempo atrás había temido esa primera nieve, aterrada por los largos y crudos inviernos.

Y había sido un invierno largo y brutal el que me había llevado a la profundidad de los bosques aquel día hacía casi dos años. Un invierno despiadado que me había hecho sentir tan desesperada como para matar un lobo, y que finalmente me condujo aquí..., a esta vida, a esta... felicidad.

La nieve caía, densos copos que se posaban silenciosos sobre la hierba seca del diminuto jardín de delante de la casa, cubriendo las puntas y los arcos de la cerca decorativa situada más allá.

Dentro de mí, alzándose con cada copo arremolinado, se agitaba un poder brillante y duro. Yo era la alta lady de la Corte Noche, sí, pero también alguien bendecida con los dones de todas las cortes. Parecía que el invierno ahora quería jugar.

Por fin, ya lo bastante despierta para resultar coherente, bajé el escudo negro que protegía mi mente y lancé un pensamiento por el vínculo que se extendía entre Rhys y yo:

*¿Adónde has ido tan temprano?*

Mi pregunta se desvaneció en la negrura. Un claro signo de que Rhys no se encontraba para nada cerca de Velaris. Probablemente ni siquiera dentro de los límites de la Corte Noche. Algo que no era inusual: había estado visitando a nuestros aliados de guerra estos meses para consolidar nuestras relaciones, aumentar el comercio y vigilar sus intenciones de posguerra. Cuando mi propio trabajo me lo permitía, yo solía acompañarlo.

Levanté la taza y apuré el té hasta la última gota. Entré sigilosamente en la cocina. Jugar con el hielo y la nieve podía esperar.

Nuala ya estaba preparando el almuerzo en la mesa de trabajo, y no vi por ninguna parte a su melliza, Cerridwen, y le hice una seña para que no se moviera cuando hizo ademán de intentar coger los platos de mi desayuno.

—Yo puedo lavarlos —le dije a modo de saludo.

Con los brazos hundidos hasta los codos preparando alguna clase de pastel de carne, la semiespectro me ofreció una sonrisa agradecida y dejó que yo lo hiciera. Era una mujer de pocas palabras, pese a que ninguna de las mellizas podía

considerarse tímida. Desde luego, no cuando trabajaban —espiaban— tanto para Rhys como para Azriel.

—Sigue nevando —observé mirando a través de la ventana de la cocina al jardín mientras enjabonaba el plato, el tenedor y la taza. Elain ya había preparado el jardín para el invierno, cubriendo los arbustos y parterres más delicados con arpillera—. Me pregunto si esta nieve va a amainar en algún momento.

Nuala puso la cubierta cuadriculada sobre el pastel y empezó a juntar los bordes, sus sombríos dedos haciendo el trabajo con rapidez y destreza.

—Sería bonito tener un solsticio blanco —dijo con voz cadenciosa pero suave. Llena de susurros y sombras—. Algunos años, suele ser bastante benigno.

Era cierto. El solsticio de invierno sería dentro de una semana. Todavía era demasiado nueva como alta lady para saber cuál sería mi papel protocolario en el evento. Si tendríamos una Sacerdotisa Suprema para officiar alguna odiosa ceremonia, tal como Ianthe había hecho el año anterior...

Un año. Dioses, casi un año desde que Rhys había pactado su acuerdo, desesperado por alejarme del veneno de la Corte Primavera, para salvarme de la desesperación. Si hubiera llegado un minuto más tarde, la Madre sabía lo que habría ocurrido. Dónde estaría yo ahora.

La nieve se arremolinaba en el jardín, enredándose en las fibras marrones de la arpillera que cubría los arbustos.

Mi pareja, que había trabajado tan dura y desinteresadamente, sin ninguna esperanza de que alguna vez yo pudiera estar con él.

Habíamos luchado por ese amor, sangrado por él. Rhys había muerto por él.

Todavía veía ese momento, tanto en mis sueños como estando despierta. El aspecto que tenía su cara, cómo su pecho

dejó de alzarse, cómo el vínculo entre nosotros se deshilachó en tenues cintas. Todavía sentía ese hueco en mi pecho donde había estado el vínculo, donde él había estado. Incluso ahora, con ese vínculo fluyendo otra vez entre nosotros, como un río de noche salpicada de estrellas, el eco de su desaparición aún seguía allí. Me arrancaba del sueño, me sacaba de una conversación, de una pintura, de una comida.

Rhys sabía por qué había noches en las que me aferraba más fuerte a él, por qué había momentos en el sol brillante y claro en los que yo solía agarrarle con fuerza la mano. Lo sabía, porque yo sabía por qué sus ojos a veces se volvían distantes, por qué, ocasionalmente, solo parpadeaba al vernos, como si no lo creyera del todo y se frotaba el pecho como para aliviar un dolor.

Trabajar mucho nos había ayudado. A los dos. Mantenernos ocupados, mantenernos concentrados... Yo a veces temía los tranquilos días de ocio cuando todos esos pensamientos simplemente me atrapaban. Cuando no había nada más que yo y mi mente y el recuerdo de Rhys que yacía muerto en el suelo rocoso, el rey de Hybern golpeando el cuello de mi padre, todos esos ilyrios que caían como bombas del cielo y tocaban tierra convertidos en cenizas.

Tal vez algún día, ni siquiera el trabajo serviría de muro para dejar fuera los recuerdos.

Por suerte, había mucho que hacer en el futuro inmediato. Reconstruir Velaris tras el ataque de Hybern era solo una de las muchas tareas monumentales. Porque también era necesario afrontar otras, tanto en Velaris como más allá: en las montañas ilyrias, en la Ciudad Tallada, en la vastedad de toda la Corte Noche. Y después estaban las otras cortes de Prythian. Y el nuevo mundo que emergía más allá.

Pero por ahora: solsticio. Las noches largas del año. Me alejé de la ventana hacia Nuala, que seguía afanándose con los bordes de su pastel.

—También es una fiesta especial aquí, ¿no es cierto? —le pregunté tranquilamente—. No solo en Invierno y en Día.

Y en Primavera.

—Oh, sí —asintió Nuala, inclinándose sobre la mesa de trabajo para examinar su pastel. Espía entrenada por el propio Azriel y maestra cocinera—. Nos gusta mucho. Es íntimo, cálido, adorable. Regalos y música y comida, a veces banquetes bajo la luz de las estrellas... —Lo opuesto a las enormes y salvajes fiestas que duraban días a las que me había visto sometida el año pasado. Pero... regalos.

Tenía que comprar regalos para todos ellos. No tenía que hacerlo, sino que quería hacerlo. Porque todos mis amigos, ahora mi familia, habían luchado y sangrado y casi habían muerto.

Borré la imagen que se abría paso en mi mente: Nesta, agachada sobre un herido Cassian, los dos dispuestos a morir juntos en la lucha contra el rey de Hybern. El cadáver de mi padre detrás de ellos.

Volví la cabeza. Podíamos hacer algo para celebrarlo. Se había vuelto muy raro últimamente que todos nos reuniéramos durante más de una hora o dos.

Nuala prosiguió:

—Es una época de descanso, también. Y una época para reflexionar sobre la oscuridad..., cómo esta permite que la luz brille.

—¿Hay una ceremonia?

La semiespectro se encogió de hombros.

—Sí, pero ninguno de nosotros acude. Es más bien para aquellos que desean honrar el renacimiento de la luz, por lo general pasándose toda la noche sentados en completa oscuridad. —Esbozó un amago de sonrisa—. No es una gran novedad para mi hermana y para mí. O para el alto lord.

Asentí, tratando de no parecer demasiado aliviada por el



hecho de que no fueran a arrastrarme a un templo durante horas.

Colocando mis platos limpios para que se secaran sobre el pequeño escurridor de madera junto al fregadero, le desee a Nuala suerte en el almuerzo, y me dirigí arriba para vestirme. Cerridwen ya había preparado mi ropa, pero aún no había rastro alguno de la melliza de Nuala cuando me puse el pesado jersey de color carbón, las apretadas calzas negras y las botas forradas de lana antes de recogerme el pelo en una trenza floja.

Un año atrás me habían hecho ponerme refinados vestidos y joyas para desfilar frente a una acicalada corte que me había mirado embobada, como si fuera una yegua premiada.

Aquí..., sonreí ante el aro de plata y zafiro sobre mi mano izquierda. El anillo que había conseguido por mí misma de la Tejedora del Bosque.

Mi sonrisa se esfumó un poco.

También podía verla a ella. Ver a Stryga de pie ante el rey de Hybern, cubierta con la sangre de su presa, mientras él le cogía la cabeza entre sus manos y le partía el cuello. Después, la arrojó a sus bestias.

Cerré con fuerza los dedos en un puño, inspirando por la nariz, espirando por la boca, hasta que la levedad de mis miembros desapareció, hasta que las paredes de la habitación dejaron de oprimirme.

Hasta que empecé a revisar la mezcla de objetos personales de la habitación de Rhys..., nuestra habitación. No era para nada un dormitorio pequeño, pero últimamente había empezado a parecerme... estrecho. El escritorio de palo rosa contra una pared estaba cubierto de papeles y libros de los trabajos de los dos; mis joyas y ropa ahora tenían que dividirse entre este sitio y mi antiguo dormitorio. Y después estaban las armas.

Dagas y espadas, carcajs y arcos. Me rasqué la cabeza ante el pesado cetro de aspecto maligno que, de alguna manera, Rhys había dejado caer junto al escritorio sin que yo lo advirtiera.

Ni siquiera quería saber. Aunque no tenía dudas de que Cassian tenía algo que ver en ello.

Podíamos, por supuesto, guardarlo todo en otro sitio, pero... fruncí el ceño ante mi propio equipo de espadas ilyrias, que se inclinaban contra el alto armario.

Si por culpa de la nieve debíamos permanecer encerrados, tal vez emplearía el día para organizar las cosas. Encontrar lugar para todas esas cosas. Especialmente ese cetro.

Sería un reto para mí, dado que Elain todavía ocupaba un dormitorio en el vestíbulo. Nesta había elegido su hogar en el otro lado de la ciudad, y yo había preferido no pensar en eso demasiado tiempo. Lucien, al menos, se había establecido en un elegante apartamento río abajo el día después de su regreso de los campos de batalla. Y de la Corte Primavera.

No le había hecho a Lucien ninguna pregunta sobre esa visita... a Tamlin.

Y Lucien tampoco había explicado el porqué del ojo negro y el corte en el labio. Solo nos había preguntado a Rhys y a mí si conocíamos un lugar donde alojarse en Velaris, ya que no quería incomodarnos más permaneciendo en la casa de la ciudad, y prefería no estar aislado en la Casa del Viento.

No había mencionado a Elain, ni su proximidad con ella. Elain no le había pedido que se quedara ni que se fuera. Y si se preocupaba por las magulladuras de su rostro, no lo dejaba ver en absoluto.

Pero Lucien se había quedado, y encontrado maneras de mantenerse ocupado, ausentándose durante días o semanas cada vez.

Sin embargo, incluso con Lucien y Nesta viviendo en sus

propios apartamentos, la casa de la ciudad resultaba un poco pequeña en este momento. Y todavía más si Mor, Cassian y Azriel se instalaban allí. Y la Casa del Viento era demasiado grande, demasiado formal, estaba demasiado lejos de la ciudad. Estaba bien para una noche o dos, pero... yo amaba esta casa.

Era mi hogar. El primero que había tenido verdaderamente después de todos los caminos recorridos.

Y sería bonito celebrar el solsticio aquí, con todos ellos, aunque estuviéramos un poco apretados.

Fruñí el ceño ante la pila de papeles que debía revisar: cartas de otras cortes, sacerdotisas que deseaban designación, y reinos tanto humanos como de hadas. Lo había postergado durante semanas, y finalmente me había puesto a responderlos aquella mañana.

Alta lady de la Corte Noche, Defensora del Arco iris y el... Escritorio.

Resoplé, sacudiendo la trenza por encima del hombro. Tal vez el regalo de solsticio para mí misma debería ser contratar una secretaria personal. Alguien que leyera y respondiera esas cosas, alguien capaz de separar lo importante de lo que pudiera dejarse de lado. Porque un poco de tiempo extra para mí misma, para Rhys...

Revisé el presupuesto de la corte que Rhys nunca tuvo interés en cumplir para ver qué podía cambiarse con el fin de que hubiera alguna posibilidad de contratar a alguien. Por él y por mí.

Sabía que nuestros fondos eran abundantes, sabía que fácilmente podíamos afrontarlo sin causar ni la más leve merma en nuestra fortuna, pero no me molestaba el trabajo. En realidad, me encantaba. Este territorio, su gente... suponían tanto para mi corazón como mi propia pareja. Hasta ayer, casi todas mis horas de vigilia habían estado dedicadas a

ayudarlos. Hasta que me dijeron, con toda cortesía y gracia, que me fuera a casa a disfrutar de las fiestas.

Después de la guerra, la gente de Velaris se había enfrentado al desafío de reconstruir y ayudar a los suyos. Antes de que se me ocurriera una idea de cómo contribuir, se habían creado múltiples sociedades para ayudar a la ciudad. Así que me ofrecí a un puñado de ellas para tareas que iban desde encontrar casas para los desplazados por la destrucción, hasta visitar familias afectadas durante la guerra y socorrer a los que no tenían refugio ni pertenencias para el invierno, proveyéndolos de prendas de abrigo y suministros.

Todo eso era vital; todo eso era trabajo bueno, satisfactorio. Y, sin embargo, había más. Podía hacer más para ayudar. Personalmente. Solo que todavía no sabía cómo.

Parecía que no era la única ansiosa por asistir a los que tanto habían perdido. Con las fiestas, había llegado una oleada de nuevos voluntarios que ocupaban el auditorio público próximo al palacio de Hilos y Joyas, donde tantas de esas sociedades tenían su cuartel general. «Su ayuda ha sido crucial, señora —me había dicho ayer una matrona de caridad—. Ha venido aquí casi todos los días..., se ha deslomado trabajando. Tómese la semana libre. Se lo ha ganado. Celebrelo con su pareja.»

Traté de protestar, insistiendo en que todavía había abrigos para entregar, más leña para distribuir, pero el hada acababa de hacerle un gesto al público que nos rodeaba colmando el auditorio, lleno hasta los topes de voluntarios. «Tenemos tanta ayuda que ni siquiera sabemos qué hacer con ella.»

Cuando intenté volver a protestar, me hizo salir por la puerta de delante y la cerró a mi espalda.

Entendido. La historia se había repetido en todas las otras organizaciones en las que me detuve por la tarde. «Vaya a casa y disfrute de las fiestas.»

Eso hice. Al menos la primera parte. La parte de «disfrutar», sin embargo...

La respuesta de Rhys a mi anterior pregunta sobre su paradero finalmente titiló en el vínculo, arrastrando un estruendo de poder oscuro y brillante.

*Estoy en el campamento de Devlon.*

*¿Te ha costado todo este tiempo responder?*

Había una larga distancia hasta las Montañas Ilyrias, sí, pero debería haber tardado solo unos minutos en contestar.

Un sensual jadeo de risa.

*Cassian no paraba de hablar. Ni siquiera para respirar.*

*Mi pobre bebé ilyrio. Realmente te atormentamos, ¿no es cierto?*

La diversión de Rhys navegó hacia mí, acariciando mi ser más íntimo con manos veladas por la noche. Pero se detuvo, desapareciendo tan rápido como había venido.

*Cassian se está metiendo con Devlon. Lo comprobaré más tarde.*

Con un adorable roce contra mis sentidos, desapareció.

Ya tendría un informe completo muy pronto, pero por ahora...

Le sonreí a la nieve que revoloteaba al otro lado de las ventanas.